MI VIDA HACIA EL CERVANTES

Juan Antonio Masoliver Ródenas

Hay una institución que ha ido marcando las distintas etapas de mi vida como las van marcando las casas en las que hemos vivido. A partir de los nueve años, iba al Instituto Británico de Barcelona a recoger la prensa para mi padre. Yo no sabía inglés y recuerdo el esfuerzo que hacía para entender los mágicos titulares del *Daily Telegraph* y del *Times*. Es posible que esta fascinación inicial (la del edificio, la de la biblioteca, la de la prensa, la de una lengua misteriosa) fuera la que me llevó años más tarde a Inglaterra, donde viví casi cuarenta años.

En mi época de estudiante, e influido por mi tío, el humanista Juan Ramón Masoliver, frecuentaba el Instituto Italiano de Cultura para ampliar mis precarios estudios de italiano en la universidad. Fue así como conseguí una beca para Perugia que inició mi pasión por lo italiano. Ya licenciado, viajé a Londres. Fue así como, combinándolo con mi lectorado en el King's College, empecé a dar clases en el Instituto de España, que representaba la respuesta franquista al Instituto Español de los republicanos, donde dio clases, entre otros exiliados, Luis Cernuda. De profesor pasé a jefe de Estudios, y al incorporarse Carlos Clavería a su cátedra de Oviedo, a director en funciones. El liberal Clavería consiguió cierta independencia con respecto a la Embajada y en el Instituto de Eaton Square se reunían los adictos —casi siempre por conveniencia— al régimen y muchos republicanos. Yo era demasiado joven e inexperto para poder mantener la independencia y el embajador, jinete e hincha del Atlético de Madrid, el marqués de Santa Cruz, llegó a reprenderme, paradojas de la vida, por haber invitado a Vargas Llosa y a Hugh Thomas. El Instituto reunía a ingle-



Juan Antonio Masoliver Ródenas. © José María Alguersuari.

ses, respetables y de edad avanzada, que estudiaban el español porque habían visitado España. Como nunca llegaban a aprenderlo, se convertían en clientes para toda la vida. Las conferencias atraían a poca gente, porque solían darlas eruditos plúmbeos como el plomizo cielo londinense.

Todo cambió con el Cervantes, con directores para todos los gustos y con los que mantuve estrecho contacto por mi experiencia y por mi condición de profesor y luego catedrático. Dos de ellos dejaron una huella especial: Eduardo Garrigues, por su extraordinaria simpatía y por sus numerosos contactos, y Enrique Wulff, hábil administrador y que inició la apertura hacia lo latinoamericano, algo que hoy forma parte de la política del actual director del Instituto Cervantes, como lo ha sido la incorporación de todas las lenguas del territorio nacional. A las conferencias se han añadido las mesas redondas, que dan una idea de la dinámica cultural española y latinoamericana, así como exposiciones, conciertos o sesiones de cine. Lo que fue un refugio para exiliados, emigrantes y turistas se ha convertido en un importante centro de enseñanza del español y en un espejo de la vida cultural. Los centros se han multiplicado, y escritores y estudiosos nos hemos beneficiado al entrar en contacto con otras culturas y con otros colegas a los que de otro modo jamás habríamos conocido. Y estoy seguro de que muchos irán a las distintas sedes del Cervantes con la misma fascinación con la que yo iba de niño al Instituto Británico y con la misma pasión con la que yo iba de joven al Instituto Italiano. El español se ha convertido, con el inglés, en la lengua universal, y de esta universalidad el Cervantes es su mejor expresión. ■

Juan Antonio Masoliver Ródenas es narrador, poeta y crítico. Entre su vasta obra destacan *La conspiración de la pólvora* y *La puerta del inglés*.